

soy más que un hombre. Las fuerzas que en mí desarrolla el amor son infinitamente superiores a mi fuerza de hombre, de carne mortal. En mí encarna entonces, se agita, me posee y me destroza un espíritu celeste que necesitaría un cuerpo soberano de dios poderoso en el que equilibrarse, y que yo no puedo ofrecerle. Por eso temo, temo sentirme arrebatado a mi destino, ensalzado a esa gloria, éxtasis único en el que me destruyo, fuego, hoguera en la que me alzo lamiendo con mi frente los cielos, como una llama; en la que pierdo mi memoria de hombre, que ya no quiero, transitoriamente divino en mi lumbre. Pero cuando cesa, cuando regreso aquí, entre los demás, vengo muerto, ruina de ángel, porque en cambio, ay, vuelvo sin perder la otra divina memoria. ¿Me comprendes, José Luis? Tal es mi destino. De él sólo sale ganando el poeta, que recoge los pálidos destellos para ofrecer a los otros, pero que nada valen, nada son, porque yo sólo sé de qué lumbre paradisíaca son el muerto destello» (XIII, 12-I-1943). Escribe estas frases para explicar a José Luis su «temor» al amor, aunque sabe que sólo en él su corazón alcanza su celeste magnitud. Se sabe nacido para amar, «para la hermosa libertad del amor, como un río tendido sobre la tierra» (XXVII, 21-VIII-1944), pero se halla enfermo y retraído del amor...

Pasa el tiempo y el poeta, ahora, distingue entre el amor y la amistad, sentimientos igualmente profundos. El amor es, para él, «absorbente» y «gobierna la vida», «decide de ella». «La amistad, por cálida que sea, es más modesta, de fuego más templado, y ella no decide, al parecer, del rumbo de nuestra existencia. Es justo que así sea, lo sé, porque la templanza que ella puede ofrecer no es comparable con ese otro primario sentimiento sobre el que está edificada nuestra vida. No es comparable por ser distinto, aunque sí lo sea muchas veces en condiciones en que le son peculiares y en que vence al amor mismo. Por ejemplo en su capacidad de duración. Un gran amor es sustituible (aunque parezca mentira). Los grandes amantes han vuelto a amar, y la viudez del alma casa de nuevo con otra alma, porque el amor es siempre el mismo: sólo cambia, a veces, su delicado soporte. Pero el amigo, por no proceder ese sentimiento del mismo instinto poderoso y urgente, no es sustituible. Lo creo así» (XXX, 18-VII-1946). Y continúa señalando las diferencias que existen entre el amor y la amistad para terminar asegurando su concepto pesimista del amor. Pero, al año siguiente, escribirá esta afirmación rotunda: «El amor es para mí el imposible reino total. ¿De qué vale ser un poeta, escribir unos libros, dejar ahí algo del corazón que vivió y amó y sufrió? Daría todos mis libros por una felicidad amorosa en esta vida. La felicidad del nombre en el mañana (suponiendo que exista) no importa. Primero es la vida, aquí, concreta, con el amor y el sueño. La vida, la vida amante. Con sus límites: la muerte, que viene cerrando los ojos del amante, coronando una dilatada actividad realizada. Poesía: ¡pobre sueño! Amor, única verdad del hombre» (XXXI, 17-VII-1947). Amor que, sin embargo, le causará sufrimientos, además de alegrías; que le hará desear el olvido (XXXVI, 5-VIII-1950). Sabe, a pesar de todo, que el amor ha sido la clave de su existencia: «él me ha dado una conciencia de mí mismo que de otro modo no hubiera alcanzado. Si estoy cargado de algo, de un zumo espeso decantado a lo largo de la vida, si me reconozco, sé qué es o que me da conciencia y en dónde me he reconocido, en dónde he sido. En dónde soy» (XLII, 20-VIII-1952). El amor es la raíz de su ser y él es consciente de esta raigambre amorosa, potentísima, dulce y amarga.

3. **La vida.** Vida y utopía poética son consustanciales para Vicente Aleixandre. En la carta XLI encontramos una declaración solemne de esta verdad: «Pasan los años y cada vez amo más la luz, el color, el cálido vivir. Los sentidos son algo sin par. Cuando veo sobre las playas y bajo el sol cuerpos felices siento todo lo que es la juventud, tan intensa, tan efímera. Como la mariposa que vive un día, pero ¡qué esplendor el de sus alas! Nunca me arrepentiré de haber vivido, sabido vivir. Yo he tocado el cielo con la mano y todavía comulgo con su esplendor, y así lo haré hasta el borde de la tumba. No importa el conocimiento, ni el no ignorar, ni el seguir sabiendo. Yo como hombre y como poeta sé; no me chupo el dedo. Pero no he perdido nunca mi inocencia para acercarme a las fuentes de la vida. Es un pesar no ser joven, no vivir en ese futuro en que los hombres aparecerán jóvenes hasta el fin de la vida. Pero otros lo harán por nosotros. También quizá el mundo sea más justo, los hombres más felices en su coexistencia. No sé. Si ya no soy joven, al menos como lo quisiera ser, tengo el sentimiento de que me anegaré en ese futuro y que otros serán jóvenes por mí, como una nueva ola del mismo mar. Esta sensación y conciencia de continuidad la he expresado en poesía y me nace de lo más hondo de mi impulso. De todo esto quisiera seguir hablando en mi próximo libro de poemas» (20-IX-1962). Vida, pues, que no cesa, sino que se transfiere y se renueva: continuidad que se hace poesía, saltando por encima de la muerte o transcurriendo por debajo de ella.

4. **La muerte.** Vicente Aleixandre deja constancia —en su epistolario a José Luis Cano— de las heridas que va causando la muerte, «separación» definitiva: «Voy viendo marchar a amigos queridos, personas estupendas. Y por el otro cabo voy viendo morir a viejos compañeros. ¡Cuánta separación! Decía no sé quién que vivir es ver volver. Vivir es partir más bien. ¿Quién vuelve?» (LXVIII, 8-IX-1958). «Los tres amigos a quienes más quería antes de la guerra (no cuento a Dámaso) están muertos: Federico, Miguel, Manolo. Es horrible. Parece increíble, y yo mismo no lo creo. Al morirse Manolo [Altola-guirre] se mueren todos otra vez» (LXXX, 6-VIII-1959). «La vida es cruel y es terrible ver desaparecer a los seres que quisimos y alegraron con su bondad nuestra existencia» (C, 6-VIII-1965). El poeta —advertimos— no se extiende en lamentaciones elegíacas, sino que, más bien, recata su sentimiento y lo interioriza.

5. **La amistad.** Ya vimos cómo el poeta contrastaba el amor con la amistad. Esta es, sin duda, un tema importantísimo *per se* puesto que es el motivo fundamental de esta correspondencia entre dos amigos dilectos: es consuelo en la radical soledad del hombre. La carta XI podría subtitularse «Carta de la amistad», en la que José Luis Cano y Miguel Hernández son sus protagonistas. En cuanto al primero, escribe Vicente: «Tú eres el único amigo en quien yo puedo descansar de esta ruda faena de vivir, de alentar. Me prometes asistirme cuando me falte «el pequeño amor». No me faltes tampoco mientras él me dure. Hasta el fondo de mi alma te necesito. Qué buena esa inspirada fidelidad de que me hablas. Es la vida tan dura, siempre, a pesar de todo, que esa seguridad de ti —la única que yo acaso tenga fuera de la de mi hermana— parece que me aplaca un poco, apacigua este miedo último a la soledad, a la incurable soledad que rodea al hombre y contra la que se debate» (21-IV-1942). Muerto Miguel Hernández, Aleixandre proclama a José Luis Cano su único amigo verdadero, su confidente, humano apoyo en su soledad. Tres años más tarde, añadirá aún: «Adiós, José bueno. Tú eres

el descanso de mi alma, la gran seguridad de ella, y tú, mágicamente, alivias mi corazón» (XXVIII, 5-VI-1945).

En cuanto a sus amigos generacionales, quiere ofrecerles a todos una prueba de eterna amistad y homenaje. Al referirse a su obra *Los encuentros*, explica a José Luis: «Y me gusta dejar semblanza de toda mi generación (hablo de nueve poetas, de Salinas, de Altolaguirre), para que se vea siempre la fraternidad en que vivió y que a mí me ha permitido escribir sobre todos ellos. Lo más feo que puede dejar un poeta es una imagen cicatera de uno, y me siento alegre de circular por dentro de este libro en la compañía de todos» (LV, 12-VII-1955).

6. **La poesía.** Para Vicente Aleixandre, los poetas son «ángeles desterrados de su celeste origen» (*Sombra del Paraíso*), aunque de carne y hueso. Pero en la carta II, confidencialmente, precisa: «ángeles desterrados de un mundo que vagamente recordamos y presentimos, y al que anhelamos retornar con toda la sed de nuestros corazones. Las alas se nos notan, pueden tocarse su bulto apenas disimulado bajo la ropa. Como pueden verse como un rastro fugaz y resplandeciente, en donde anunciamos un mundo entrevisto en el éxtasis, no sé si profecía o si recuerdo, pero sí imagen de nuestro ineludible destino. Yo sí, yo traigo y presento a los hombres un mundo elemental, cruzado de luz y sombra, donde los instintos del hombre han sobrepasado los límites de su cuerpo, para informarse en las fuerzas oscuras, cósmicas y telúricas, bien ajenas como conciencia a la alegría o al dolor humanos. Ajenas ellas, no nosotros, a su invasora realidad totalizadora. Y en medio del dolor y de la alegría, créeme, hay algo en mí que me salva de mi propia destrucción o abandono, del desmoronamiento ante la ciega inutilidad del vivir; y es la relampagueante conciencia súbita de que yo soy expresión también, completamente incontrolable, de las fuerzas oscuras de la vida, tan poderoso, tan vital, tan irremediable como aquel hermoso árbol, como aquella arrulladora montaña» (3-IX-1939). El poeta se reconoce como un vencedor de la muerte, pues ha depositado su fe en la poesía que desborda los límites aparentes. La poesía es «el más hermoso acto de amor»: «cuando yo canto, hablo de mí, pero hablo del mundo, de lo que él me dicta, porque esto es la inspiración» (*ibidem*). Esta carta resulta primordial para establecer la poética aleixandrina. A ella se suma la XIX, en la que Vicente Aleixandre parece olvidado de la que hemos transcrito fragmentariamente: «Verdad es que yo en mis cartas casi no te he hablado de poesía. Me sorprende un poco sin sorprenderme del todo. La poesía estaría y estaba presente en mí, como la temperatura de la sangre, y ella de seguro colorearía de algún modo mis palabras y mis sentimientos. Lo que no hacía yo es “tratar” de poesía. ¿Para qué? Si se habla de soledad o de amor, la poesía nos tiene en sus brazos aunque no la mencionemos, y desde ella, como desde nosotros mismos, hablamos» (17-XII-1943). Le ha escrito sobre el amor, la pena, su vocación, su destino, sobre la muerte... En todo ello habitaba la poesía perdurable, permeaba cada frase interiormente.

Nos sorprende encontrar una referencia a lo que podría configurar una «novedad» dentro de la poética aleixandrina: «He hecho algunos “pensamientos” sobre poesía, y quiero hacer más [...] Te los daré para octubre, si puedo rematarlos antes de salir de aquí [Miraflores]. En esos “pensamientos” soy un “moralista”. Para que veas. Fíjate que el primero es éste: “Cada día está más claro que toda poesía lleva consigo una mo-